

# 70 AÑOS DE VÍCTOR SANDOVAL; 20 DE *FRAGUAS*

## I

Todos salimos de Fraguas alguna vez, y todos contemplamos, alguna vez, la posibilidad de no regresar nunca. Las razones son simples: en Fraguas nacimos y allí esperan, sonrientes, nuestros muertos”.

Tal escribió Francisco Hernández, en 1996, al prologar una de las ediciones de *Fraguas* (1980), el libro más importante de Víctor Sandoval, nacido precisamente en Fraguas, Aguascalientes, en 1929, por lo que en 1999 celebramos sus 70 años de edad y en el 2000 los primeros veinte años de ese libro que está entre lo mejor de la tradición del poema extenso en México y que nos habla, precisamente, de aquello que el genial López Velarde denominó –en “El retorno maléfico”– el “edén subvertido”.

Si “mejor será no regresar al pueblo”, como escribió López Velarde, Víctor Sandoval sabe lo suyo y dice lo propio en *Fraguas*: “Dejarás la ciudad en llamas del otoño./ Otros serán, otros son ya los habitantes./ Ni una piedra recordará a tu padre./ De la ciudad antigua sólo el reloj de sol,/ los contrafuertes del poniente./ Tendrá una cáscara de hierro la ciudad, una malla de alambre,/ túnica de moscas y ceniza,/ banderas de polyester sobre los edificios/ (negocios, habrá negocios para la gente nueva)/ un aire de inocencia pervertida en las canteras rosas,/ extranjerías innobles sobre los calicantos”.

Ese “aire de inocencia pervertida” debe algo, sin duda, a la inolvidable imagen lopezvelardeana del “edén subvertido” donde “la fusilería grabó en la cal/ de todas las paredes/ de la aldea espectral,/ negros y aciagos mapas/

porque en ellos leyese el hijo pródigo/ al volver a su umbral/ en un anochecer de maleficio./ a la luz de petróleo de una mecha/ su esperanza desecha”.

Y es que, en efecto, dentro de la tradición de la poesía mexicana, el retorno, el regreso al lugar natal es una de las constantes inspiradoras de algunas de sus mejores páginas. (Y también de nuestra narrativa; hay que pensar, nada más, y nada menos, en *Pedro Páramo* de Juan Rulfo)

En una entrevista de 1995, Víctor Sandoval le dijo a Marco Antonio Campos que *Fraguas* es, en efecto, la historia de una ciudad (por principio, Aguascalientes, la tierra natal del autor), “en su ciclo irresistible: nacimiento, desarrollo, auge, declinación, destrucción”, pues “al final el héroe acabará interrogándose, como Jorge Manrique en las *Coplas a la muerte de su padre*, sobre todo lo que se perdió, y concluirá que sólo quedó el desierto”.

Es decir, precisamente, la tierra baldía, la tierra yerma (“una ciudad de ruinas y humo”, borrados su esplendor y felicidad, “una hoja en blanco”, una ciudad desmemoriada), punto en el cual Sandoval nos remite a un homenaje, a una deuda y a una influencia: *Tierra baldía* de T. S. Eliot, deuda que, por lo demás, el propio Sandoval salda con literalidad textual en su poema. Ahí donde dice: “Abril no es cruel sino prediluviano/ en esta tierra baldía./ Sobre un cadáver calle abajo/ Eliot sigue viviendo”.

Y aunque *Fraguas* no es el poema del retorno, sino precisamente de todo lo contrario: el de la huida del “edén subvertido” (en la primera parte se habla de “El fugitivo y sus presagios”), por un procedimiento inverso al que sigue López Velarde, en “El retorno maléfico”, Víctor Sandoval desemboca en el mismo punto: el del relato de la historia del esplendor y la desdicha de la tierra entrañable que ahora es ruina.

Otro caso parecido, en esta misma tradición y en esa misma época (1917), es el de Luis G. Urbina en “La elegía del retorno” (“El retorno maléfico” es de, aproximadamente, 1916). En las primeras estrofas de su poema, dice Urbina: “Volveré a la ciudad que yo más quiero/ después de tanta desventura; pero/ ya seré en mi ciudad un extranjero./ A la ciudad azul y cristalina/ volveré; pero ya la golondrina/ no encontrará su nido en la ruina./ Volveré tras un año y otro año/ de miseria y dolor. Como un extraño/ han de verme pasar, solo y huraño./ Volveré por la noche. En la penumbra/ miraré la ciudad que arde y deslumbra/ como nube de chispas que se encumbra”.

Y en las estrofas finales, la evocación del desastre no puede ser más elocuente: “Y en el jardín que la penumbra viste/ podré soñar en lo que ya no existe./ y el corazón se sentirá más triste./ Evocaré a los seres y las cosas./ y cantarán, con voces milagrosas./ las almas pensativas de las rosas./ Mas ni un mirar piadoso; ni un humano/ acento, ni una amiga, ni un hermano./ ni una trémula mano entre mi mano./ Entonces, pensaré con alegría/ en que me ha de cubrir, pesada y fría./ tierra sin flores, pero tierra mía./ Y tornaré de noche a la posada./ y, al pedir blando sueño a la almohada./ sintiendo irá la vida fatigada/ dolor, tristeza, paz, olvido, nada...”



El protagonista del poema de Urbina regresa, mientras que el de Sandoval parte, pero ambos, por opuestos caminos, por rutas diferentes, llegan al mismo sitio: el de la infancia, el de la dicha, el de la historia personal y entrañable que los sigue nombrando a pesar de la ruina, a pesar, como dijera Sandoval, en la entrevista con Marco Antonio Campos, de que incluso los nombres de ciertas comunidades se han ido perdiendo para dar paso a otros que ni siquiera tienen lirismo, como los “horrendos” Villa Juárez o Díaz Ordaz en el lugar de los poéticos Soledad de Abajo, Puerto de la Concepción, Viudas de Oriente, Viudas de Poniente, Ojo de Agua de Crucitas, Santa Rosalía del Polvo, etcétera, que el poeta desgrana en *Fraguas*, a la manera de una letanía; y en este caso letanía quiere decir oración, invocación o, lopezvelardeanamente, rogativa.

Respecto al sentido narrativo e histórico de su poema, ha dicho Víctor Sandoval que “el héroe tenía la disyuntiva: escapar o quedarse para siempre. Se decidirá por lo primero y dejará Fraguas, la nombrada, llevándose al padre sarmentoso bajo el brazo”.

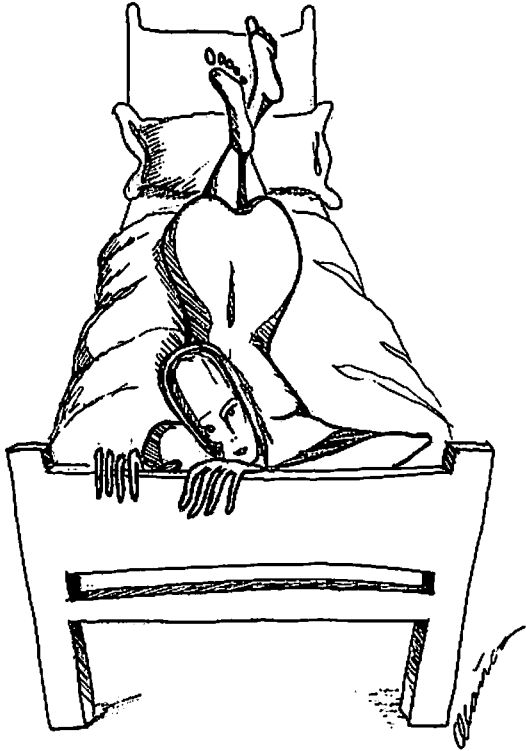
Y en este punto el poeta explica que la comparación no es vana con la caída de Ilión, pues “como se recuerda, Eneas llevaba a Príamo bajo el brazo después de la terrible derrota. Al partir padre e hijo, Fraguas cambiará también. Se irá la tradición y Fraguas se modernizará”, es decir, Fraguas hará de su memoria, de su historia, de su tradición una “inocencia pervertida”, un “edén subvertido”, “una hoja en blanco”, y no es por nada que el poema concluya con un verso que es toda una sentencia de frustración, desolación y fracaso: “la memoria no existe”.

En esta misma tradición de evocar el pasado esplendoroso y lamentar la ruina presente, al igual que lo hizo cinco siglos atrás Jorge Manrique, entronca el nombre de otro poeta cercano a la geografía de Fraguas y al sentimiento lírico de Víctor Sandoval. Tal nos referimos a Manuel José Othón, quien en su “Canto del regreso” dice: “Torno a mis viejos lares. Yo soy un peregrino/ que ha muchos años busco la tierra prometida;/ en mis pies se han clavado las piedras del camino/ y en mi alma todas, todas las zarzas de la vida.../ Cuando partí, dejando desamparado el nido/ que formé con jirones de mi propia existencia,/ en cada piedra, en cada rincón dejé escondido/ un recuerdo, que es carne de mi carne y esencia/ ardiente de mi sangre. Pues bien; aquí he venido/ a hurgar como en el hondo antro de una conciencia/ y a exhumar el cadáver de este muerto querido/ que nació de mis nupcias con mi mortal dolencia”.

En efecto, a Othón, después de tanta vida errante, le fue concedido el privilegio de retornar y morir en San Luis Potosí, y en él halla no un “edén subvertido” (que en rigor, para entonces, en 1906, aún no lo era), sino la heredad hermosa y el divino paisaje, el bienestar y los ríos paternos que lo reconfortan, en el último instante, de “la infinita tristeza y el amargo destino/ de subir los peldaños de la escalera ajena”.

Por vía contraria, por la fuga y no por el retorno, el protagonista de *Fra-*





*guas* (poema narrativo si lo hay) eleva la plegaria de la memoria y recupera, lo mismo que Othón, Urbina y López Velarde, el esplendor de la tierra nativa. Por vía contraria, por la lamentación y no por la celebración, Víctor Sandoval describe el auge, ya perdido para siempre, de la amada heredad:

“No quedó nada,/ sólo el desierto;/ Teotihuacan, Fraguas, Caldas, Asterópolis,/ con sus rostros de aljibe./ Derruido el zigurat, trunca la pirámide,/ el campanario en ruinas./ Sólo el silencio altivo./ ¡Patrias de la misericordia/ apiádense de Fraguas!/ Debo olvidar la crónica,/ los días rutilantes,/ la procesión de palmas./ Olvidar la ciudad llameante de automóviles y anuncios./ No se hable más de los altos palomares/ ni los apiarios rojos en el valle./ (Entonces las uvas y su dulzor de agosto.)/ Olvidar la historia y los ojos;/ dejar la ciudad como el perro rabioso/ que rompe con sus clases de obediencia”.

Pero en este sentido, *Fraguas* es un poema irónico y aun paradójico, con la plena carga de ambigüedad que caracteriza a la poesía contemporánea: pesimista, por todo cuanto lamenta y por todo cuanto

juzga perdido, es también una de las mayores declaraciones de amor, en la poesía mexicana, al suelo entrañable, a la patria perdida. Aquí la tradición viene de siglos y, como ya hemos advertido y reconoce el propio Sandoval, llega de Jorge Manrique y las *Coplas a la muerte de su padre*; más aún: en un ejercicio de intertextualidad, las preguntas de Manrique (“¿Qué se hizo el rey don Juan?/ Los infantes de Aragón, ¿qué se hicieron?/ ¿Qué fue de tanto galán?/ ¿Qué fue de tanta invención como traxieron?”) se actualizan en *Fraguas*:

“¿Qué se hizo la máquina de vapor/ saliendo de su cueva de bisonte?/ ¿Qué se hizo el rey mi padre y su tren de esmeraldas;/ su cadena de oro, pechera de cobalto,/ la sortija de amor entre los dedos?.../ ¿Qué se hicieron las señales que dejamos,/ el aldabón de hierro y la puerta labrada?.../ ¿Qué se hicieron los ruidos de Fraguas?/ ¿Qué se hizo el yunque de diamante de mi padre/ y su tren de esmeraldas?”

El fugitivo de Fraguas deja en el aire estas preguntas y sabe perfectamente las respuestas. Dicho por Jorge Manrique: “paramentos, bordaduras/ y cimeras.../ ¿Qué fueron sino verduras/ de las eras?” Dicho por Víctor Sandoval: “otros son ya los habitantes./ Ni una piedra recordará a tu padre./ De la ciudad antigua sólo el reloj de sol.../ extranjerías innobles sobre los calicantos”, y más aún: “el huizachal, la nopalera,/ el silencio erizado,/ la vez en que cayeron las tinieblas”.

*Fraguas* no es, en efecto, una elegía del retorno sino una elegía de la huida, pero es, también, ya lo dijimos, un entrañable canto de amor a la tierra originaria. “*Fraguas* –ha escrito Marco Antonio Campos– es también la historia de un país, que puede nombrarse México o llamarse como cualquier país latinoamericano, que viva amenazado por los *marines* estadounidenses, padezca tiranías militares y sufra miseria y desolación. Como cualquier ciudad que haya sido o representado una viva llama histórica, Fraguas conoció el inexorable ciclo: alba, esplendor, decadencia, desintegración. Sólo perduran aquí y allá ruinas que dan en su luz un pasado de grandeza”.

## II

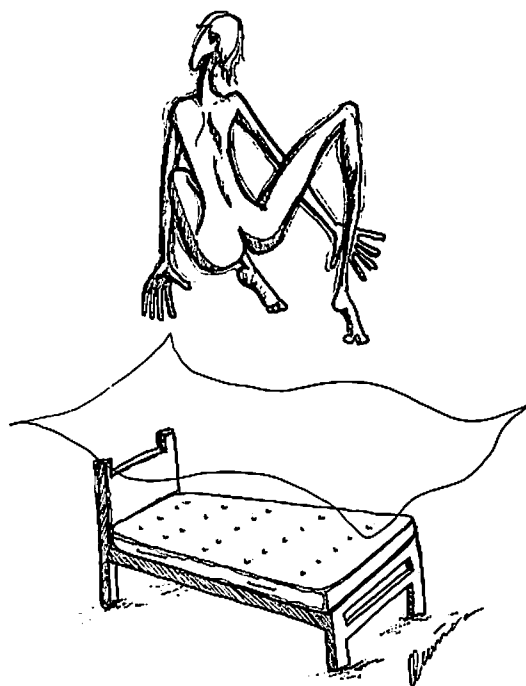
*Fraguas* es, asimismo, y muy señaladamente, el canto elegíaco dedicado al padre, que en la poesía mexicana tiene tantas páginas extraordinarias como las que se deben a Octavio Paz, Jaime Sabines, Jorge Hernández Campos y, por supuesto, en esta misma tradición, Víctor Sandoval.

“En el poema –ha dicho su autor–, desde el principio, aparece la figura del padre como omnipresente. No es esto autobiográfico; no tengo punto de referencia; mi padre murió antes de que yo naciera; no sabría decir cómo funciona una muerte en ese terreno. El padre en el poema es muchas cosas que no es fácil explicar; es el fundador de la ciudad pero es también el patriarca que ordena la vida de la urbe... Es un padre asimismo que tiene cuatrocientos años... Pero ese padre, cuatro veces centenario, ya ha muerto”.

Víctor Sandoval recoge los pedazos de Pedro Páramo y los junta para evocar la figura fundadora y patriarcal de *Fraguas*. Y, paradójicamente, como él mismo revela, “la que no aparece en el poema es la madre. Apenas una alusión cuando se habla del nacimiento del héroe: ‘Antes que nada, comadrona, échame al mundo’.”

Todos recordamos la impactante imagen paterna de Octavio Paz en *Pasado en claro*: “Del vómito a la sed,/ atado al potro del alcohol,/ mi padre iba y venía entre las llamas./ Por los durmientes y los rieles/ de una estación de moscas y de polvo/ una tarde juntamos sus pedazos./ Yo nunca pude hablar con él./ Lo encuentro ahora en sueños,/ esa borrosa patria de los muertos”.

Un poco antes, Jaime Sabines había dicho, al evocar la muerte del mayor Sabines: “Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,/ por eso es que este hachazo nos sacude”. Y luego Jorge Hernández Campos confesaría: “Un tiempo creí que mi padre era el poder.../ Cuántos años maduros quemé clamando/ en poemas, artículos, acres vituperios,/ por una más limpia convivencia con/ el dador de la vida, el principio del verbo, el pilar de la casa, Él”.



La evocación paterna en *Fraguas*, por todo cuanto explica Sandoval fuera del poema, y por cuanto dice en el poema mismo, es casi mitológica: “ahí estabas, padre, llamándome,/ con tu piel calcinada, el tronco gigantesco,/ tu oscuro mundo de yunques, fragores y descensos”. Y como toda mitología tiene un sentido religioso que no excluye –cómo podría hacerlo– la resurrección o la repetición del principio: la imagen y semejanza del hijo pródigo respecto de su progenitor; como también lo dice Sandoval en *Fraguas*: “Cada día te pareces más a tu padre./ La misma nariz,/ la misma nuca, el muro de cemento,/ la espalda de la fábrica,/ tu padre, el clima,/ el mismo rostro de *Fraguas*.../ Cada día eres más la imagen de tu padre:/ el secreto fulgor que alondra el entrecejo,/ los puños sobre las caderas,/ las esquirilas de luz abriendo paso”.

Y luego de la derrota, la ruina, del irremediable fin –“Mi padre, nuestro padre/ (sus dulces ojos miopes, su orgullosa cabeza)/ se ha vuelto pequeñito,/ se lo traga la plaza con sus árboles crueles”–, la confesión de la orfandad: “Yo, padre, soy yo-padre desde que tú naciste”.

Dividido en tres partes de climática intensidad (“El fugitivo y sus presagios”, “La imagen y el recuerdo” y “La señal en el muro”), *Fraguas* es, sin duda, el texto definitivo en la obra de Víctor Sandoval. Es *su* poema –el que ha reeditado en varias ocasiones– y el momento central (no sólo cronológicamente) de toda su poesía. *Fraguas* se publicó por vez primera en 1980 y lo flanquean dos libros: *Para empezar el día*, de 1974, y *Agua de temporal*, de 1988. Antes y después publicó otros libros, pero son estos tres los que constituyen, en esencia, *su obra*.

La primera edición de *Fraguas* vio la luz en mayo de 1980, dentro de la colección Las Dos Orillas de Joaquín Mortiz, cuando don Joaquín Díez-Canedo todavía estaba ahí. Su autor reeditaría *Fraguas*, en febrero de 1988, en esa misma colección, pero ahora dentro de su volumen *Agua de temporal*. En esta edición no es exactamente el mismo poema porque sus páginas tienen otra disposición, pero en 1991, con muy mínimos cambios, Víctor Sandoval le reintegraría su versión original en la edición de *Papeles Privados* que llevó a cabo Mario del Valle. Un año después esta misma versión –sin duda ya la definitiva– aparecería en la tercera serie de la colección Lecturas Mexicanas, en el volumen *Fraguas y otros poemas*. En 1996, otra edición íntegra del poema, similar a la de 1991, sería publicada por El Tucán de Virginia y el Seminario de Cultura Mexicana.

En noviembre de 1999 y con motivo de la celebración del 70 aniversario de Víctor Sandoval, vio la luz el volumen *Poesía, 1947-1999* (México, Consejo Nacional para la Cultura y la Artes, Lecturas Mexicanas, cuarta serie) que incluye desde sus poemas juveniles hasta su último libro: *Coplas que mis oídos oyeron*.

En este volumen totalizador, *Fraguas* es el libro central de quien que en *Trovas de amor y desdenes* (1994) se preguntó:

“¿Por qué se escriben los versos?/ ¿Por qué salen los poemas/ y se echan a andar/ a trancos por las calles,/ hablando a solas,/ sin ver y viendo a todos?/ ¿Por qué andan sueltos,/ como locos los poemas?/ Por las noches te acompañan,/ conversan,/ en el insomnio/ sueltan largos monólogos,/ te inventan mundos y remordimientos,/ recuerdos y temores,/ la nostalgia de un amor lejano,/ la música distante por la calle./ Toda la noche te acompañan/ con un vino agobiante,/ y borrachos, al alba, se despiden”.

Casi al final de su existencia, en 1991, Elías Nandino realizó un balance poético en el que expresó una de las apreciaciones más exactas sobre la poesía de Víctor Sandoval: “Dimana –dijo– de Francisco González León y de Ramón López Velarde; ellos se ocupan de la provincia y le han dado una veta íntima y una nueva sensibilidad”.

En este sentido, no cabe la menor duda, *Fraguas* es el gran poema de Aguascalientes y uno de los textos decisivos dentro de la tradición lírica, admirativa y crítica, por el suelo natal. LC

